

Documento 1: Foro creyente de pensamiento ético-económico

Repensar el objetivo económico

El presente documento es fruto de la reflexión del Foro creyente de pensamiento ético-económico.

En él nos reunimos un grupo interdisciplinar de académicos y profesionales preocupado por la dimensión ética en la economía y que partimos de un pensamiento inspirado en el humanismo cristiano y en la Doctrina Social de la Iglesia. Nuestra preocupación esencial es que la economía, como toda actividad humana, esté realmente al servicio de todas y cada una de las personas que habitamos este planeta. Queremos realizar una reflexión que sirva, tanto a cristianos como a no cristianos, para repensar nuestra organización y nuestro quehacer económico en clave humanista.

En este primer documento, fruto del trabajo conjunto que venimos realizando durante el último año, hemos comenzado reflexionando sobre el objetivo económico de nuestras sociedades. Nuestra reflexión se plantea si el fin económico que perseguimos en la actualidad ayuda realmente a que nuestro quehacer económico sirva a la humanidad potenciando a las personas que la componemos. Poner en el centro del debate económico a la persona supone plantearse si la dirección que tiene la economía es la adecuada y no considerarla como inamovible o indiscutible.

1.- Los principios que nos sirven de base

Los principios que nos sirven de base para analizar el objetivo económico de nuestra sociedad y plantear si es o no el adecuado para potenciar a todas las personas son los siguientes.

1. 1.- El destino universal de los bienes y el cuidado de la creación

El Destino Universal de los Bienes aparece ya en el primer capítulo del Génesis, donde queda claro quienes son los principales destinatarios de la creación, de ese lugar en el que todos vivimos. Dios crea al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza e, inmediatamente después de bendecirlos, les entrega toda la creación para que la cuiden, para que la respeten y para que sean responsables de ella (Gen 1, 27-29). Nuestro mundo es un regalo para todo el género humano. Creemos que no es un coto reservado para algunas personas o para un grupo privilegiado que tiene la responsabilidad de la creación por encima de otros, los bienes de la tierra están destinados a todas las personas. Esto es lo que se ha venido a denominar *el destino universal de los*

bienes, la creación es para todos, no solo para unos pocos.

El destino universal de los bienes está ligado al concepto de igualdad tan arraigado en el cristianismo.

Todas las personas somos imagen y semejanza de Dios por lo que todas somos iguales. Lo expresó muy bien San Pablo en su carta a los gálatas (3,28) “Ya no se distinguen judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, pues con Cristo Jesús todos sois uno”. Todos somos iguales, por lo que si todos pertenecemos al género humano en régimen de igualdad, todos tenemos derecho a nuestra parcela de creación, los bienes de la tierra también nos pertenecen. Considerando, además, que esa igualdad básica de todas las personas viene acompañada de la necesidad de unos bienes mínimos que nos permitan vivir y ser libres, o dicho de otro modo, que nos permitan ser personas en plenitud, podemos deducir fácilmente que todos tenemos derecho, simplemente por el hecho de haber nacido, a una parte de los bienes de nuestra tierra que nos permita, al menos, tener una vida digna en el lugar en el que habitamos. El destino universal de los bienes genera un derecho a disfrutar de nuestra porción de la creación. Se trata de un derecho del que disfrutamos todos y cada uno de los habitantes de esta tierra.

El regalo de la creación y el mandato del Génesis de “someterla” lleva aparejada una gran responsabilidad para todo el género humano que acarrea tres labores diferentes pero complementarias. Por un lado tenemos que conservarla y mantenerla para que las generaciones futuras puedan seguir disfrutando de ella. Por otro lado, hay que hacerla fructificar para que con nuestra colaboración podamos recrear lo que nos ha sido dado de modo que logremos, con una buena gestión, que haya suficiente para todos, que los bienes de la tierra crezcan y se multipliquen para permitir que todas las personas puedan vivir dignamente. Por último, tenemos la responsabilidad de que el reparto llegue a todos. Si bien, no es necesario que sea equitativo, al menos toda persona debería tener su parte de la creación para poder vivir de una manera digna. Por ello, debemos articular sistemas para que este reparto sea justo y llegue a todos.

El Destino Universal de los Bienes es un imperativo o, lo que es lo mismo, un deber que va más allá de la acción de compartir. El derecho a la vida y el deber de conservar la existencia conlleva la obligatoriedad de cuidar y conservar la creación. Solo así podemos garantizar la subsistencia de toda persona que habita la tierra y de las generaciones que la habitarán en el futuro.

1. 2.- El bien común

Las ideas desarrolladas a partir del Destino Universal de los Bienes se entienden mejor cuando introducimos el concepto de bien común. La Doctrina Social de la Iglesia define el bien común como: “El conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección” (Gaudium et spes, 26). El bien común hace referencia, por tanto, a dos aspectos. El primero es la vida en sociedad, la manera en la que nos organizamos para la convivencia mutua. La segunda es que esta organización social se pone al servicio de las personas, se subordina a que estas puedan alcanzar, gracias a ella, su propia perfección. Dicho de otro modo, el bien común es una manera de estructurar la sociedad que ayuda a que cada uno de nosotros nos sintamos reforzados y apoyados para ser más y mejor personas.

Dentro de la organización social, también está incluida la organización económica. Según esta concepción de bien común, la manera en la que organizamos nuestros dineros tiene que estar al servicio del crecimiento personal y grupal de las personas y sus asociaciones. Es decir, debemos organizar nuestra economía de modo que nos ayude y nos permita a todos ser más y mejor personas. Esto se traduce en una economía con una vocación de apoyo a las aspiraciones humanas más profundas. Una economía al servicio de las personas que les permite, a través de proveerlas de lo necesario para vivir, hacer y ser aquello que desean. La cuestión clave, va a ser, por tanto, conocer si la economía actual está, realmente, consiguiendo y persiguiendo este objetivo, o se está centrando en otro.

1. 3.- La opción preferencial por los más pobres

El Bien común nos lleva directamente a otra de las constantes de la Doctrina Social de la Iglesia: la opción preferencial por los más desfavorecidos. Si pensamos que el bien común implica (desde el punto de vista económico) que todos tengamos al menos lo suficiente para llevar una vida digna (porque ello es lo que nos permite ser libres y desarrollarnos plenamente como personas), una organización social que esté al servicio de este objetivo no tiene como prioridad a las personas que ya alcanzan estos ingresos suficientes para vivir, sino precisamente a aquellas que todavía no pueden desarrollar una vida digna porque no tienen los ingresos necesarios para hacerlo. Por ello, la prioridad en esta manera de plantearse la sociedad son los más desfavorecidos. La sociedad mejora en la medida que lo hacen quienes peor están, en la medida en la que hay menos personas que pasan necesidad.

Es lo que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo ha denominado pasar de un

enfoque agregado a un enfoque de la privación (PNUD 1997). En el enfoque agregado el objetivo económico de la sociedad es lograr que la media se incremente, o dicho de otro modo, que los valores resultado de la suma de todos sean mayores. Como veremos con posterioridad nuestro objetivo económico actual está en esta dinámica. Busca alcanzar que aquello que se tiene entre todos sea mayor. Por ello, en un enfoque de esta clase, lo interesante es sumar más y más, independientemente de quien lo haga. Sin embargo el enfoque de la privación pone el punto de mira en aquellos que están peor en cada sociedad. Un país no mejora porque tenga una renta per cápita superior o porque haya crecido mucho su PIB, sino porque hay menos pobres, porque aquellos que están peor han mejorado. Las unidades de medida del progreso no pueden centrarse en indicadores agregados, sino que tienen que buscar indicadores que muestren la evolución de quienes peor están. Los elementos distributivos son quienes toman el mando y quienes determinan las acciones a realizar. En la medida que medimos el desarrollo y la bondad de las medidas adoptadas en cómo repercuten estas en las personas más desfavorecidas, estamos priorizando a quienes no tienen lo suficiente para vivir y estamos intentando lograr que estos tengan un nivel económico que les permita, al menos, vivir con dignidad en el entorno en el que se encuentran.

2.- El crecimiento económico

El principal objetivo económico de nuestra sociedad en estos momentos es el crecimiento económico. Toda la economía está enfocada al logro de este objetivo, desde la teoría económica que construye sus modelos teóricos desde el paradigma del crecimiento, hasta las políticas económicas, tanto de los estados nación, como de las instituciones internacionales que orientan sus actuaciones en pos de lograr un mayor crecimiento. Existe una especie de culto al crecimiento (Laird 2000: 7) que es compartido por economistas de una u otra vertiente y que no se cuestiona desde la academia.

El origen del crecimiento económico como objetivo de las sociedades podría situarse en el libro de Adam Smith “la riqueza de las naciones”: “Es el gran crecimiento de la producción en todos sus aspectos, a consecuencia de la división del trabajo, el que ocasiona una sociedad bien gobernada y una opulencia universal que se extiende a las capas más bajas de la población”¹ (Smith 1776: 15) En él se intenta incrementar la riqueza de las naciones como objetivo principal de las sociedades para ponerlo al servicio de las personas que existen en una

1 Traducción propia

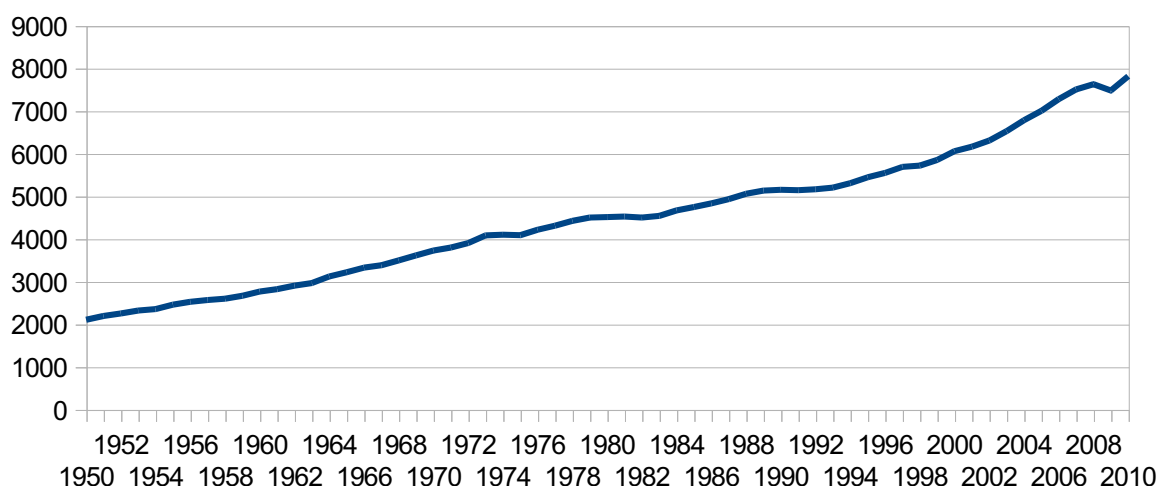
sociedad. Lograr una mayor riqueza se convierte en el primer objetivo de la economía. Incrementar la producción de bienes, lograr que las cosechas sean mayores, alcanzar niveles de producción superiores, aparecen como objetivos lógicos para cualquier sociedad. El crecimiento de la producción busca evitar las hambrunas o que las personas se mueran por falta de alimentos. De hecho, el mismo Adam Smith compara los resultados de las sociedades primitivas (Smith 1776: 2) con aquellos de las sociedades más avanzadas que permiten acabar con los problemas de hambre y de falta de cuidado hacia aquellas personas de la comunidad que carecen de los medios para ganarse su propio sustento. Ante una preocupación de mejorar a las personas, en especial a aquellas que tienen más problemas para conseguir lo que necesitan para vivir, se propone un camino que es lograr un crecimiento mayor de la producción.

La intuición que está detrás de esta idea es que producir más, en la medida que permite que todos accedan a este tener más, evita las hambrunas, la pobreza y la existencia de personas que no tengan lo suficiente para vivir. El crecimiento económico aparece sí como un instrumento válido para mejorar a quienes peor están y evitar que aquellas personas (mayores, niños, enfermos...) que no pueden colaborar en la producción de bienes y servicios, puedan tener una vida digna gracias a los excedentes que generan los demás. El objetivo económico no era pues el crecimiento por si mismo, sino acabar con la pobreza. El crecimiento económico era tan solo un instrumento para lograr esta otra finalidad.

Para conocer si realmente se estaba alcanzando el objetivo de incrementar la producción se necesitaba cuantificarlo y medirlo de una manera eficaz. La contabilización de la producción de un país tiene una historia larga que se materializa en el siglo XX. De hecho, es en este siglo, en los años previos a la segunda guerra mundial, cuando el economista Simon Kuznets presenta la formulación original del PIB (SENATE EUA: 1934). Este sistema de contabilización de la Producción agregada de un país se generaliza a partir de la conferencia de Bretton Woods, debido a que las principales instituciones económicas internacionales que nacen allí y los países que participan en ella comienzan a utilizarlo como unidad de medida de su tamaño económico. Se trata de una unidad de medida que no surge para medir el nivel de bienestar de las personas o de la sociedad, sino tan solo el valor monetario de la producción de un país en un año. La contabilización del crecimiento económico a partir de la segunda mitad del siglo XX se concreta en el crecimiento de este indicador.

Si nos planteamos si estas políticas y esta apuesta económica a largo plazo ha dado un buen resultado, podemos concluir que así ha sido. Desde que el sistema económico que podríamos denominar liberal, basado en la búsqueda del propio interés y en el mercado, predomina en la esfera política mundial, el crecimiento económico ha sido el más elevado de la historia. Si tomamos los datos del proyecto Maddison², el PIB mundial por habitante necesitó de 120 años para duplicarse (entre 1820 y 1940). Sin embargo, en la mitad de tiempo (entre 1950 y 2010) el PIB mundial por habitante casi se ha triplicado (ha crecido un 287% como puede observarse en el gráfico 1).

Gráfico 1: Crecimiento del PIB mundial per cápita entre 1950 y 2010



Fuente: Base de datos de Maddison Project: <http://www.ggdc.net/maddison/maddison-project/home.htm>

Esto refleja que el sistema funciona, el objetivo de crecimiento económico se está consiguiendo, tenemos más entre todos y la producción agregada mundial y la de muchos países, experimentan un crecimiento elevado como consecuencia de que esta es la prioridad económica y de que las medidas de potenciación del egoísmo económico y de la liberalización de mercados para lograr que las personas que se enriquecen lo logren sin muchas trabas, dan sus resultados agregados tal y como se argumenta normalmente.

En estos momentos, la práctica totalidad de los gobernantes y gran parte de los economistas consideran que el crecimiento es la principal prioridad económica. Sirva como ejemplo una conferencia impartida por Christine Lagarde, Directora Gerente del Fondo Monetario

² <http://www.ggdc.net/maddison/maddison-project/home.htm>

Internacional, el 28 de septiembre de 2016 en la Escuela Kellogg de Empresa de la Universidad Northwestern³. En ella afirmó que “Asegurar que todos obtengan un mayor pedazo de la tarta significa que **la tarta tiene que seguir creciendo**”. Aquí se aprecia un cambio con respecto a lo que consideraba A. Smith y que es representativo de la situación actual. Ya no se busca que todos tengan un pedazo de tarta suficiente, sino que lo tengan mayor. Es decir, el acento no está en que aquellos que todavía no tienen, acaben teniendo, sino en que todos (los que ya tienen y los que no tienen) logren tener más. Para ello, parece que el único camino es el crecimiento. Por ello, toda la intervención de Lagarde se centró en el crecimiento económico como fin último de la gestión económica y la liberalización como camino más adecuado para conseguirlo.

3.- Análisis del crecimiento económico

Como se ha visto, el objetivo económico mundial tal y como se plantea en la actualidad se está cumpliendo. El crecimiento económico es una realidad confirmada por todas las fuentes estadísticas y la producción por habitante crece a un ritmo extraordinario que nunca se había dado con anterioridad en la historia de la humanidad. Sin embargo, cuando analizamos estos resultados desde un prisma que intente ver más allá de la simple auto-referencia al crecimiento, vemos que el optimismo que se deriva de estos resultados no tendría por qué ser tan elevado.

3.1.- Crecimiento ¿es igual a mejora?

A pesar de este éxito de las estrategias económicas, no parece que todo sea tal y como cabría esperar. Se supone que el crecimiento es bueno para la población porque tener más se asimila siempre a estar mejor. De hecho, en economía se utiliza el denominado principio de “no saturación”. Este quiere decir que “más siempre es mejor que menos”, esto es, que no puede darse un momento en el que tener más equivalga a estar peor. Mayor cantidad se relaciona siempre con estar mejor. Esta es la primera cuestión que hay que cuestionar cuando hablamos del objetivo del crecimiento económico. Porque la realidad nos dice que tener más no siempre es mejor que tener menos.

La situación ante la que se encontraba Adam Smith era una en la que había muchas personas que pasaban hambre. Las malas cosechas acababan provocando que una parte de la población

³ <http://www.imf.org/es/News/Articles/2016/09/27/AM16-SP09282016-Boosting-Growth-Adjusting-to-Change>
Consultado el 29 de septiembre de 2016

falleciera o al menos, pasara un tiempo de penuria que reducía de una manera evidente su calidad de vida. En una situación así, para aquellas personas o familias que no tienen ni lo suficiente para sobrevivir o para tener una vida digna, el tener más supone inevitablemente una mejora. Pasar de no poder sobrevivir o no poder tener una vida digna a tenerla gracias a que se tiene más es, sin lugar a dudas, una mejora en la calidad de vida de las personas. En estos casos sí que podemos hablar de una equivalencia entre tener más y estar mejor.

Este panorama cambia cuando lo que se tiene es suficiente para llevar una vida digna en el entorno en el que se vive. En este caso tener más ya no tiene por qué suponer estar mejor. Los determinantes del bienestar ya no son en exclusiva la consecución de más bienes o servicios. Estudios realizados por algunos autores⁴ nos demuestran como ante un incremento de la renta per cápita durante los últimos treinta años en muchos países, la mejora del bienestar de sus ciudadanos no se ha incrementado de una manera paralela.

Existe, además, un nivel de rentas que se denomina el umbral de la opulencia, a partir del cual el bienestar no solo no crece, sino que comienza a reducirse cuando se supera este (ESTEVE 2015: 163-4). Se trata de un nivel de renta per cápita a partir del cual tener más supone empeorar en lugar de mejorar. Los sacrificios que se tienen que realizar para lograr estas rentas tan altas provocan un descenso del bienestar de quienes los realizan. Los beneficios que conlleva el incremento de renta en estos niveles son inferiores a la bajada de bienestar que provoca el esfuerzo para conseguirlos. Este umbral de opulencia sería un punto de saturación del sistema, que puede darse tanto a nivel personal como a nivel comunitario.

No solo el tener más no tiene por qué ser equivalente a estar mejor en todas las ocasiones, sino que el PIB no se ha concebido como una medida del bienestar. Ni su estructura, ni su contabilización sirven para este fin. Por ello, utilizar el PIB como medida de bienestar tiene una serie de debilidades que derivan, precisamente, de que no es ese su objetivo. Los elementos que nos muestran por qué el PIB no es una buena unidad de medida del bienestar son los siguientes:

El crecimiento económico puede acabar beneficiando a la mayoría de personas que viven en una sociedad, pero también puede beneficiar solo a unas pocas. El crecimiento económico no nos dice nada sobre este aspecto, el PIB no tiene en cuenta las desigualdades. Por ello, no

4 Un resumen de estos sistemas de medición del bienestar puede verse en: MOLPECERES, M. (2008): *Métodos de aproximación a la medición del bienestar: una panorámica*, Universidad de Valladolid

siempre podemos establecer una relación directa entre mejora del crecimiento económico y mejora de todos los habitantes de un país. Podría suceder que solamente medrasen unas cuantas y que el resto de la sociedad se quedase igual o empeorase. Esto ya nos muestra que, establecer una relación directa entre crecimiento económico y mejora de todas las personas que en ella viven no tiene por qué ser realista.

Una parte importante del crecimiento económico se deriva de actividades que se han ido monetarizando paulatinamente. En la contabilización del Producto Interior Bruto, solo se incluyen aquellos bienes y servicios por los que se paga un precio, pero aquellos que logramos sin pagar algo a cambio no son incluidos en su medición. El que una actividad pase a realizarse por el mercado en lugar de autoabastecernos de ella, no supone necesariamente que la persona haya incrementado su bienestar gracias a tener que pagar un precio por ella.

No todos los bienes o servicios que compramos incrementan nuestro bienestar. Existen algunos bienes que, o bien directamente reducen este o bien lo que nos sirven es para evitar que nuestro bienestar se reduzca en exceso. Estos gastos no incrementan el bienestar de la persona que los realiza, sino que solamente impiden que este disminuya.

Producir más reduce nuestro *tiempo libre*. Puesto que nuestras posibilidades son limitadas, incrementar nuestra producción trae como consecuencia, normalmente, que el tiempo que utilizamos en nuestras actividades productivas se incremente constantemente. Esto reduce nuestro tiempo libre y repercute de una manera evidente en nuestro bienestar. Además, el PIB no indica nada sobre nuestras libertades, si el Estado garantiza o no nuestros derechos, si podemos participar o no en los procesos de decisión públicos, etc. El régimen político en el que nos encontramos (que es clave para nuestro bienestar) no está reflejado en el PIB.

Por último, el PIB como medida del desempeño económico no descuenta las pérdidas de valor que experimentamos en una sociedad ya sea por la depreciación de los bienes que tenemos o por la desaparición de recursos naturales. La depreciación sin embargo sí supone una bajada del bienestar de aquellos que disfrutamos de esos bienes. Un desastre natural como podría ser el incendio de un bosque tampoco descuenta en el PIB. Aunque la reducción de bienestar de la población es evidente, ni los problemas medioambientales ni la depreciación rebajan el valor del PIB.

Todos estos factores nos ayudan a comprender por qué el crecimiento económico no contabiliza bien la mejora del bienestar de aquellas naciones que se benefician de él. Esta manera de contabilizar tiene una serie de debilidades que provienen, precisamente, de que es un indicador que no se ha construido para reflejar el bienestar de las sociedades ni de las personas que habitan en ellas, sino de la cantidad que se produce en un país en un determinado periodo de tiempo.

Estos son tan solo algunos de los motivos que nos hacen ver que el verdadero desarrollo no equivale al crecimiento. En la Encíclica *Populorum progressio* 14 Pablo VI afirmaba que “El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre. Con gran exactitud ha subrayado un eminente experto: «Nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano, el desarrollo de las civilizaciones en que está inscrito. Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera»” (PP 14)

“Así pues, el tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último. Todo crecimiento es ambivalente. Necesario para permitir que el hombre sea más hombre, lo encierra como en una prisión, desde el momento que se convierte en el bien supremo, que impide mirar más allá. Entonces los corazones se endurecen y los espíritus se cierran; los hombres ya no se unen por amistad sino por interés, que pronto les hace oponerse unos a otros y desunirse. La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser y se opone a su verdadera grandeza; para las naciones, como para las personas, la avaricia es la forma más evidente de un subdesarrollo moral.” (PP 19)

El tener más entre todos que representa el crecimiento económico debe estar al servicio de las personas, del ser. Como se indica en los anteriores párrafos, cuando el tener se convierte en el objetivo último del ser, cuando las personas nos ponemos al servicio de tener más y de lograr incrementar la producción personal como camino más adecuado para lograr que la producción agregada se incremente a su vez, se invierten las funciones y tener más deja de ser un camino para nuestra mejora que nos exige sacrificios para ponernos a su servicio. Se invierte la prioridad y se deja de dar la equivalencia entre tener más y estar mejor. Creemos que es conveniente replantearse el crecimiento económico como finalidad última de una sociedad si este no está realmente al servicio de la promoción humana de todas y cada una

de las personas que componen y compondrán la humanidad.

3.2.- El crecimiento no mejora a todas las personas

La siguiente cuestión tiene que ver con si ese crecimiento realmente está mejorando a todos. Porque desde un punto de vista práctico y desde una visión como la que hemos planteado, el crecimiento económico parece que tendría sentido si el tener más entre todos repercute realmente en que todos tengan más y sobre todo, en que tengan más aquellos que peor están que son quienes más urgencia tienen en que se incrementen sus fondos. La idea actual al respecto afirma que, si la economía crece, eso permite que se cree empleo y eso hace que muchas de las personas que ahora no tienen, acaben teniendo.

Sin embargo, sabemos que esto no se da. A pesar de que algunos afirman que el crecimiento económico ha llevado a que muchas personas tengan un nivel de vida que no tenían anteriormente “No cabe duda de que en los últimos 20 años... En los países de mercados emergentes y en desarrollo -en los que vive el 85% de la población mundial- hemos visto más avances para más personas que en cualquier otro momento de la historia”⁵, la realidad es que el número de personas que viven con menos de un 1,90\$ al día sigue estando por encima de un 10% de la población mundial⁶ a pesar de que esta cifra ha ido bajando en estos últimos años. Los mismos datos del Banco Mundial nos muestran como las personas que viven con menos de 3,10\$ anuales se han incrementado durante los primeros años de este siglo. Por lo tanto seguimos encontrándonos ante cifras importantes de pobreza a nivel mundial que las elevadas tasas de crecimiento del PIB per cápita mundial no han logrado superar.

Lo mismo sucede con las desigualdades. Estas no han disminuido sino que se han incrementado durante los últimos años. Aunque algunos no dan importancia a la desigualdad por si misma y llegan a pensar que la desigualdad es un incentivo para aquellos que quedan por detrás. La desigualdad también actúa en el sentido contrario, es decir, como desincentivo. Además, en un entorno de rentas crecientes, una misma desigualdad relativa se convierte en una mayor desigualdad absoluta, de manera que las diferencias reales entre aquellos que tienen más y quienes tienen menos se están incrementando a pesar de que desde el punto de vista relativo

5 Conferencia de Christine Lagarde el 28 de septiembre de 2016
<http://www.imf.org/es/News/Articles/2016/09/27/AM16-SP09282016-Boosting-Growth-Adjusting-to-Change>
Consultado el 29 de septiembre de 2016

6 <http://data.worldbank.org/>

se mantengan o se reduzcan. El PNUD afirma (2013: 2) que “el mundo es más desigual ahora que en cualquier otro momento desde la finalización de la 2ª Guerra Mundial... Una mayoría significativa de la población mundial vive en sociedades que son más desiguales hoy que lo que eran hace 20 años”⁷

Esto quiere decir que a pesar del elevado crecimiento económico que se ha conseguido y de que durante los últimos sesenta años se haya multiplicado casi por tres la renta per cápita mundial, siguen existiendo millones de personas en todo el mundo que todavía no tienen la porción de creación que les correspondería para llevar una vida digna. Al mismo tiempo gran parte del crecimiento económico ha sido absorbido por aquellos que tenían ya con anterioridad las rentas más altas. Cuando se busca la mejora de los datos agregados esto no tiene porque repercutir en los más desfavorecidos. El destino universal de los bienes no se logra persiguiendo el crecimiento económico. La gran cantidad de excluidos del sistema económico mundial cuestiona la capacidad que tiene este para lograr que todas las personas tengan al menos su parte correspondiente de la creación que les permita ser libres y vivir un vida digna.

3.3.- El crecimiento no cuida la creación

La idea del crecimiento económico tiene una vocación eterna, de modo que no se plantea que el objetivo del crecimiento pueda acabarse. Ya no se busca crecer hasta llegar a un determinado nivel donde se optaría por un estado estacionario (tal y como pensaban los economistas clásicos), sino que se cree y confía en un crecimiento ilimitado, infinito, sin fin. Esto se encuentra con un primer problema: que los recursos con los que contamos son limitados. La producción de cualquier bien necesita de tres grandes grupos de factores de producción sin los cuales es imposible producir nada. Uno de ellos está compuesto, precisamente, por los recursos naturales (los otros dos son el trabajo humano y el capital entendido como las herramientas, las infraestructuras, la maquinaria, etc.). No hay bien o servicio que no precise para su producción el concurso de estos. Por ello un crecimiento continuado de la producción, precisa al mismo tiempo un uso creciente de recursos naturales ante el que cabe preguntarse ¿Puede haber un crecimiento ilimitado con unos recursos limitados?

Si tenemos en cuenta la cantidad de recursos naturales y su limitación, contamos en la tierra con tres clases de recursos. Unos que son inagotables aunque finitos, ya que su uso no afecta a la

7 Traducción propia

cantidad dispuesta de los mismos y podemos gozar de ellos aunque los utilicemos en grandes cantidades. En este primer grupo está (por ejemplo) la luz del sol, las mareas, el viento, etc. Podríamos llenar la tierra de placas solares, pero esto no influiría en la luz del sol ni en la cantidad que recibimos de la misma y podríamos seguir gozando de este recurso durante un tiempo ilimitado. Ahora bien, la cantidad de luz solar de la que disponemos diariamente es finita, solamente podemos gozar de un máximo de luz solar diaria, no podemos multiplicar la luz que recibimos. Existe también otra clase de recurso que sí que se agotan con su uso, pero de los que podemos obtener más con un uso racional de los mismos. Se trata de todos los recursos naturales que provienen de seres vivos y que podemos utilizarlos sin que se vea reducido su número si se gestionan adecuadamente. Una buena política de reproducción y de plantaciones, junto a un uso que no desborde la capacidad de reproducción de estos seres vivos, pueden lograr el objetivo deseado de que no disminuyan las unidades de este factor de producción. Por último tenemos los recursos naturales que se agotan con su uso y que no hay posibilidades de recuperar o conservar o reproducir. Los ejemplos más claros de esto son los productos extraídos de la minería. En estos casos, solamente el reciclaje de los mismos (que no se puede dar en todos los casos) puede permitir dar una segunda vida a estos factores de producción que les permita otro uso.

Además de esta diferenciación hay otros tres elementos que pueden influir en la utilización de los recursos naturales. Nos referimos a la productividad, a la reutilización y al reciclaje. Incrementos de la productividad pueden suponer ahorro de recursos naturales, debido a que podemos utilizar menos cantidad de ellos para producir la misma cantidad de bienes o servicios. La reutilización y el reciclaje también nos permiten producir nuevos bienes y servicios sin necesidad de utilizar nuevos recursos naturales. Sin embargo, la experiencia nos dice que la búsqueda del crecimiento, con frecuencia compensa sobradamente la mejora de la productividad y el incremento de la reutilización y reciclaje. Esto repercute negativamente en el uso de recursos naturales ya que, si la producción crece en un porcentaje superior a lo que se incrementa la productividad, la utilización final de recursos naturales va a ser superior. Esto es lo que se observa en muchas industrias y servicios que siguen incrementando el consumo de recursos naturales a pesar de las grandes mejoras en productividad que han logrado en sus procesos de producción. De igual manera sucede con muchos recursos renovables. La exigencia del crecimiento continuado lleva a que la utilización que hacemos de estos recursos, esté con frecuencia por encima de su tasa de reposición, lo que conlleva su paulatino agotamiento. De hecho, mientras que (como ya se

ha comentado) en el periodo transcurrido entre 1950 y 2010 la producción mundial por habitante casi se ha triplicado⁸, al mismo tiempo, la utilización de recursos naturales se multiplicó por más de cuatro⁹ y las previsiones de la Agencia Europea del Medio ambiente son que este uso de recursos se duplicará de nuevo para 2030.

Todo esto nos lleva a afirmar que no podemos confiar en un crecimiento económico ilimitado, contando como contamos con unos recursos naturales limitados. La cantidad de recursos naturales que tenemos en nuestra sociedad y la naturaleza infinita del crecimiento son incompatibles entre si. Ni considerando que todos los recursos fuesen inagotables como el viento o la luz solar, podríamos lograr un crecimiento infinito, ya que estos también tienen su límite. Por ello, basar un sistema económico en un crecimiento económico ilimitado que es imposible a largo plazo, no parece una opción ni realista ni adecuada.

De hecho, tal y como nos recuerda Francisco, el obispo de Roma, con frecuencia hemos olvidado nuestra responsabilidad de conservar la creación y hacerla fructificar y nos centramos únicamente en explotarla. No vemos la tierra y todo lo que ella nos da como una parte esencial de nuestra vida y nuestras sociedades que hay que cuidar, mimar, respetar y utilizar para que nos de lo suficiente para vivir a nosotros y a nuestros descendientes, sino como un lugar del que podemos extraer recursos para obtener beneficios gracias a ellos. Esto se refleja en ocasiones en el lenguaje que utilizamos, ya no se habla de granjas, de campos o de bosques, sino de explotaciones ganaderas, agrícolas o forestales. La tierra y todo lo que tenemos en ella ha dejado de ser objeto de cariño o de amor para ser objeto de explotación y todos sabemos que no es lo mismo querer algo o a alguien que explotarlo.

La solución que se ha aportado a este problema es lo que se ha venido a denominar el crecimiento sostenible que no parece que sea factible. Para que el crecimiento económico sea sostenible a largo plazo, no es suficiente con aplicar las soluciones ecológicas que busquen la utilización de recursos renovables, el reciclaje total de todos los productos que son susceptibles de hacerlo y todos los postulados de lo que la UE ha denominado “economía circular” (COMISIÓN EUROPEA 2014). Siendo estas medidas positivas e imprescindibles ya que buscan mejorar el crecimiento siendo compatible este con la conservación del medio ambiente y con un uso racional de los recursos naturales, no impiden que sigan existiendo

⁸ <http://www.ggdc.net/maddison/maddison-project/home.htm>

⁹ Global megatrends Intensified global competition for resources (GMT 7) <http://www.eea.europa.eu/soer-2015/global/competition> (consultado el 19 de Abril de 2017)

los límites al crecimiento de los que hemos hablado ni que se explote la naturaleza en lugar de cuidarla. Por lo tanto, cabe preguntarse si no es necesario abordar la ralentización del crecimiento, el decrecimiento que algunos propugnan o recuperar el estado estacionario del que hablaban los economistas clásicos, para lograr que no agotemos los recursos de la tierra y comprometamos la capacidad que tendrán las generaciones futuras de tener lo suficiente para llevar una vida digna. Seguir creciendo sin freno no parece ser el camino más adecuado para afrontar el desafío ecológico que tiene este uso creciente de recursos naturales.

3.4.- El crecimiento prioriza siempre a quien más aporta

Para lograr que el crecimiento económico sea cada vez mayor y se de sin límite, es necesario que haya agentes económicos que logren incrementar su producción sin cesar. Al tratarse de una medida agregada de la producción, si queremos que el total se incremente, precisamos de empresas, personas u otras instituciones que sumen todo lo posible para lograrlo. Por ello, en el sistema económico actual, la prioridad la tienen aquellos que logran aportar más a la suma total. Al bien agregado le da igual el reparto, no es necesario que todos tengan, lo importante es que quien sume, lo haga en una cantidad elevada para que el resultado final sea más alto. A la economía que busca el bien agregado no le preocupan quienes no tienen y no aportan, solo que quienes tienen sumen y aporten más y más para que el total aumente.

Los esfuerzos que realizan las instituciones públicas para potenciar un mayor crecimiento económico se centran en garantizar que aquellos que más aportan puedan tener las condiciones adecuadas para seguir haciéndolo. De este modo, el objetivo individual de lograr mayor beneficio para uno mismo se convierte en un interés público porque ello va a hacer que la producción agregada crezca y se cumplan con los objetivos de crecimiento. Gobiernos de distinto alcance territorial se ponen al servicio de empresas más o menos grandes para ayudarles a lograr contratos internacionales o intentan que compañías extranjeras se instalen en nuestro país y así (en ambos casos) conseguir que la producción agregada nacional se incremente. La prioridad pública es la de potenciar y respaldar a quienes más beneficios privados logran. Aquellos que más tienen son quienes deben ser cuidados para que sigan aportando una gran cantidad de producción al total. En esta situación, aquellos que no aportan, que tienen problemas para llegar a final de mes, que son pobres, no son importantes, no son prioridad. Con frecuencia se consideran negativos para la sociedad y no solo son excluidos, sino también descartados (como afirma Francisco en su encíclica *Evangelii gaudium*). El que no aporta, quien no suma, no es prioritario y es depreciado. Se da lo que Adela Cortina a venido a denominar “aporofobia” (Cortina, 2017), es decir, un

desprecio hacia la persona pobre a quien no se quiere en nuestras sociedades, a quien hay que dejar a un lado. La “opción preferencial por los más pobres” para lograr construir el bien común y que todos tengan las condiciones mínimas para ser libres, se convierte así en una “opción preferencial por quienes más aportan”, estableciendo unas condiciones sociales favorables para ellos que, con frecuencia, resultan negativos para los más desfavorecidos.

3.5.- Conclusión

La búsqueda de que la creación fructifique y permita que haya más bienes para vivir, ha tomado un camino que parece equivocado, porque tener más solamente tiene sentido si se logra que todos tengan lo suficiente para vivir y si esto se hace respetando y cuidando la creación. Cuando se tiene más solo para unos pocos, centrándose en los bienes superfluos y explotando los recursos sin respetar los ciclos naturales ni garantizar su sostenimiento futuro, la responsabilidad que nos supone el Destino Universal de los Bienes queda totalmente distorsionada y se convierte en un horizonte económico que no es sostenible a largo plazo ya que explota de una manera creciente unos recursos naturales finitos. Además, es un sistema en el que los más desfavorecidos son dejados a un lado y siempre se tiende a favorecer a aquellos que más colaboran en el crecimiento económico. Por todo ello podemos afirmar que el actual objetivo de lograr un crecimiento económico continuado no ayuda excesivamente a que se cumpla con el Destino Universal de los Bienes, a que se cuide la creación, a que se construya el bien común o a que se prioricen las personas más desfavorecidas de la población.

4.- Repensar el objetivo económico

Por todo ello planteamos el debate sobre si estamos tomando la dirección económica adecuada. Creemos que hay que repensar y preguntarse por la posibilidad de cambiar el objetivo económico como una manera de superar estas carencias que tiene el actual. El crecimiento económico como finalidad última de la actividad económica no puede ser un dogma de fe incuestionable que no pueda discutirse ni modificarse. El debate económico puede y tiene que introducir el tema crucial de si estamos dirigiendo nuestros pasos en la dirección adecuada. Debatir sobre el fin perseguido es importante porque es él quien determina cuáles van a ser las medidas económicas mejores, las opciones económicas eficaces. Si el quehacer económico nos acerca a la meta perseguida será considerado como adecuado y todas aquellas acciones que nos lleven en otra dirección serán desechadas y consideradas inadecuadas desde el punto de vista económico. La meta económica fija el marco de análisis de toda medida y de toda política. La

ciencia económica está siempre encuadrada en una idea previa de lo que es bueno y lo que no lo es, que es la que fija la bondad o inadecuación de toda acción económica y que es la que determina la dirección a seguir.

Este documento quiere proponer una dirección alternativa para el debate, un objetivo económico que creemos puede lograr mejor la consecución de esos principios que hemos analizado desde un principio en este documento (el destino universal de los bienes, el cuidado de la creación, el bien común y la opción preferencial por los más desfavorecidos). Ello no implica (como se verá inmediatamente) un menosprecio hacia el crecimiento económico o hacia cualquier medida agregada del desempeño económico, sino resituarlos dentro de la organización económica para que se limiten a ser instrumentos para la consecución de otros fines, y no la finalidad prioritaria hacia la que enfocar todo el desempeño económico.

Buscamos una economía inclusiva, que colabore en la construcción del bien común logrando garantizar la libertad de todas las personas a través de unos ingresos mínimos que les permitan tener una vida digna, que cumpla así con el destino universal de los bienes de la tierra y que cuide la creación para que esto no solo sea una realidad para las actuales generaciones, sino también para las futuras. Para todo ello, creemos que el objetivo económico a perseguir no debe centrarse tanto en el incremento de la cantidad producida como en garantizar que todas las personas tengan unos ingresos mínimos dignos. Expresado de una manera sencilla de comprender sería pasar de “tener más entre todos” a “que todos tengan al menos lo suficiente”. El objetivo de la actividad económica debería centrarse en gestionar los recursos que tenemos en nuestro planeta para que todos (sin excepción) tengamos unos ingresos que nos permitan llevar una vida digna. Porque si tenemos más entre todos pero esta riqueza no llega a todos ¿Para qué nos sirve tener más? La prioridad debería, por tanto, cambiarse. El bien común económico debería centrarse en que lo que tenemos esté al alcance a todos, en que permita que cualquier persona tenga al menos lo necesario para vivir con dignidad. Así lograremos realmente que cualquier persona pueda desarrollarse como tal gracias a que tiene lo suficiente para vivir y esto le sirve como soporte para hacer aquello que quiere y para ser aquello que desea. Creemos que solo persiguiendo esto, podemos poner realmente la economía al servicio de las personas.

Este cambio no supone buscar la equidad total, es decir, que todos tengan exactamente lo mismo, ni despreciar el crecimiento económico, sino lograr que se entienda que el conjunto mejora cuando lo hacen quienes peor están. Este objetivo está en la línea del enfoque de la privación que propone el PNUD y del que ya hemos hablado. La manera de medir el progreso de las

sociedades no está en fijarse en los indicadores agregados y en que estos mejoren, sino en saber qué está pasando con los más desfavorecidos. Cuando la pobreza se reduce y se incrementan las personas que tienen lo suficiente para llevar una vida digna, la economía funciona correctamente. Pero si esto no sucede, si no hay un avance de quienes peor están, por mucho que los datos agregados estén mejorando, no podremos afirmar que la economía vaya mejor. Esto no significa tirar al cajón de los desechos el crecimiento económico, sino ponerlo en su justo lugar, es decir, en el lugar de los instrumentos. El crecimiento económico es un instrumento que debemos utilizar cuando sea necesario para lograr el objetivo final, pero que puede ser desechado cuando no es el camino adecuado.

No siempre es necesario tener más para que todos tengamos lo suficiente. Cambiar el objetivo final hacia el que se dirige la economía supone modificar todo el paradigma económico vigente. Tomar una dirección diferente es modificar la manera de entender qué es lo correcto y lo incorrecto en la economía, cuáles son las soluciones adecuadas y cuáles no nos llevan en la dirección adecuada. Esto no significa despreciar la ciencia económica actual ni los instrumentos con los que contamos sino utilizarlos de manera diferente, encauzarlos hacia otro horizonte. Repensar el objetivo económico supone analizar los resultados económicos desde una mirada de distribución y no de producción, aceptar que podemos alcanzar un estado estacionario en el que no pasa nada si no hay crecimiento, ya que lo importante es que la actividad económica permita a todas las personas tener lo suficiente y que esta se desarrolle sin comprometer que logren este objetivo las generaciones futuras.

De hecho, este replanteamiento de hacia donde queremos ir supone que debemos utilizar todos los instrumentos e instituciones económicas con las que contamos, combinadas con los conocimientos y las ciencia económica que hemos desarrollado, para lograr que el mismo sistema económico alcance una sociedad que de a todos al menos lo mínimo. Por ello toda la arquitectura económica de nuestras sociedades deja de estar al servicio del crecimiento, para estarlo de garantizar la vida en libertad de todas las personas que habitan nuestro planeta proporcionándoles un mínimo vital. El mercado, las empresas, el sistema financiero, el estado, las familias, el crecimiento económico, el decrecimiento, las rentas de ciudadanía, el estado del bienestar, etc. Todos ellos se deberían reorganizar en pos de esta nueva dirección del quehacer económico. Esto supone, aspirar a que ya no se necesite re-distribuir para solucionar el incremento de desigualdades que propicia una economía enfocada al crecimiento, sino trabajar para lograr que el mismo sistema distribuya de una manera más equitativa por si mismo. Se pretende que el quehacer económico pueda garantizar que todas las personas tengan al menos

lo que necesitan sin necesidad de intervenciones posteriores.

Hay que resaltar como este cambio de paradigma económico es a su vez compatible con el cuidado de la creación. Para garantizar a todo habitante de la tierra una cantidad suficiente para llevar una vida digna, no es necesario tener más y más año tras año (salvo lo que pueda derivarse del crecimiento de la población). Por ello el crecimiento económico global deja de ser necesario (aunque pueda serlo a nivel local o regional en algún momento), se puede pensar en un estado estacionario (sin crecimiento económico) que logre perfectamente el objetivo de garantizar la libertad a todas las personas de la tierra (al menos desde el punto de vista económico ya que dispondrían de un ingreso vital suficiente). Si ligamos a esta situación la incorporación de avances tecnológicos, de la reutilización y del reciclaje, podemos alcanzar un momento en el que se reduzca paulatinamente el uso anual de recursos naturales sin que esto repercuta en un empeoramiento de la producción.

5.- Retos de futuro

Este cambio de paradigma que proponemos para el debate público tiene grandes desafíos que pensamos que deben plantearse y debatirse. Estos retos se pueden englobar en dos grandes grupos, el cambio de mentalidad y el cambio de estructuras. Este último apartado del primer documento del Foro Creyente de Pensamiento Ético-económico pretende realizar un pequeño esbozo de estos retos que queremos seguir trabajando y proponiendo para el debate y la discusión pública.

5.1.- Cambio de mentalidad

El primer gran desafío ante el que nos encontramos es el cambio de mentalidad necesario para que se replantee el paradigma económico. Sabemos que el paso del tiempo viene siempre acompañado de cambios de mentalidad. La manera de entender la realidad, de plantearse los problemas y sus soluciones, está modificándose constantemente, no solo a lo largo del tiempo, sino también puede variar dependiendo del lugar en el que se vive y las circunstancias que rodean nuestro entorno más inmediato. Por ello, es legítimo plantearse hacia dónde queremos orientar ese cambio de mentalidad, cuáles son los valores que creemos deben ser potenciados para transformar la sociedad en una dirección adecuada. Porque nuestra idea de persona y de lo que es o no bueno para nosotros y los valores que priman en nuestra existencia, son los que configuran la manera en la que entendemos nuestro quehacer económico y la dirección hacia la que queremos dirigir el sistema económico.

De hecho, la concepción económica actual está basada en unos supuestos de antropología individualista y hedonista que son sustentados por una concepción pesimista del ser humano. Esto conlleva que la economía se plantee más en clave de competición que de colaboración, que se considere que más siempre es mejor que menos las necesidades se incrementan constantemente en lugar de aceptar su carácter limitado, que ante una lógica del don se plantee que no se da nada si no se garantiza la contrapartida previamente, que el trabajo se vea solo como una manera de ganar dinero en lugar de introducir la dinámica de la vocación y el servicio a la sociedad, etc. El replanteamiento de la mentalidad busca que percibamos que es posible plantearse el día a día económico desde otras claves más solidarias, en las que las personas son vistas en su integridad (con sus luces y sus sombras no solo con estas últimas), en las que las dinámicas del compartir, de la gratuidad y la lógica del don aparecen como expresiones elevadas de la relacionalidad que nos caracteriza como seres humanos. Busca que nos convenzamos de que esto no solo es posible sino que es mejor para las propias personas que así se lo plantean y para la sociedad en su conjunto.

Todo ello implica repensar el sentido del trabajo, el elemento relacional de la actividad económica, los criterios que se utilizan para comprar, el valor y las funciones del ahorro, los bienes necesarios y aquellos que no lo son, la colaboración económica entre las personas, el componente medioambiental de nuestro consumo, si tenemos para ser o somos para tener, la utilización del tiempo, la ética de nuestras opciones económicas, la satisfacción o la insatisfacción que nos proporcionan nuestras opciones económicas, la búsqueda de mayores e indefinidos beneficios o la conformidad con obtener lo que necesito para vivir, etc.

5.2.- Cambio de estructuras

Lo mismo que sucede con la mentalidad, pasa con las estructuras. Estas nunca son estáticas, evolucionan, cambian constantemente según pasa el tiempo y también difieren según el lugar en el que las encontremos. Las diferencias culturales, históricas o sociales influyen en que estas instituciones tengan una u otra forma. Además, las instituciones no solo reflejan la mentalidad de aquellos que las constituyen, sino que al mismo tiempo influyen en la mentalidad de quienes trabajan en ellas o se relacionan con ellas. Por ello existe una relación bidireccional entre la mentalidad y las estructuras de manera que la primera influye en estas últimas y viceversa. Los cambios de mentalidad y estructuras deben transcurrir paralelos, complementarse y relacionarse entre sí.

Los desafíos son enormes. Más allá de introducir la nueva meta de la economía en la organización económica global, el debate debe centrarse en el funcionamiento de las distintas instituciones y ver como estas pueden colaborar y contribuir al acercamiento de toda la sociedad hacia esa dirección diferente. Muchos son los aspectos que tienen una influencia en esta cuestión. Uno de ellos es el debate sobre la colaboración entre el sector público y privado. La consecución del bien común en una sociedad no solo depende del primero, sino de que todas las instituciones que trabajan en un país lo intenten conjuntamente desde sus funciones específicas y sus propias características. En este sentido son claves los debates sobre el papel de las empresas en la economía y cómo estas cumplen su función social, la estructura de los sistemas fiscales y del Estado de Bienestar para adaptarse a los cambios sociales que se dan en nuestro entorno, el funcionamiento del sistema financiero y monetario y como esta afecta a los más desfavorecidos... Replantearse el funcionamiento de todas las estructuras e instituciones económicas, repensar cómo están cumpliendo su labor de estar al servicio de que todas las personas presentes y futuras alcancen un nivel económico básico que les permita vivir con dignidad, es clave para este propósito no se quede en una simple declaración de intenciones.

BIBLIOGRAFÍA

- COMISIÓN EUROPEA (2014) *Hacia una economía circular: un programa de cero residuos para Europa*, Bruselas, 2.7.2014, COM(2014) 398 final.
- CORTINA, ADELA (2017): *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*, 1ª Edición, Barcelona, Paidós.
- ESTEVE PÉREZ, EDUARDO (2015) **“Análisis de la pobreza, exclusión y opulencia en la Comunidad Valenciana”**, en *¿Recuperación? Enfoque agregado versus enfoque de la privación. Análisis y Perspectivas Comunitat Valenciana 2015*, Pág: 152-189, Madrid, Cáritas Española Editores.
- LAIRD, J. (2000): *Money Politics, Globalisation, and Crisis. The Case of Thailand*. 1st Edition, Graham Brash Pte Ltd., Singapore.
- MOLPECERES, M. (2008): *Métodos de aproximación a la medición del bienestar: una panorámica*, Universidad de Valladolid
- SENATE UEA (1934): *Letter from the acting secretary of commerce transmitting in response to Senate resolution n° 220 (72d Cong.) A report on national income 1929-32*, United States Government printing office.
- SMITH, A. (1776): *An inquiry into the nature and cause of The Wealth of Nations*, Edited By Edwin Cannan, M.A., 1976 edition, Chicago, The University of Chicago Press.

UNDP (1997): *Human Development Report 1997*, Oxford University Press.

(2013): *Humanity divided: confronting inequality in developing countries*, 1st Edition, New York, United Nations Development Programme, Bureau for Development Policy.